
EPINOMIS.

ARGUMENTO.

Epinomis quiere decir complemento ó conclusion de las leyes; y en muchas ediciones se ha impreso este pequeño diálogo á continuacion de las *Leyes*. Pero si aquí se encuentran los tres personajes, que Platon hace hablar en su gran diálogo, faltan el espíritu y el estilo de Platon. El autor, cualquiera que él sea, quizá Filipo de Opontio, más pitágorico seguramente que platoniano, se esfuerza en demostrar que el deber más importante del legislador es estudiar, hasta que las conozca á fondo, las ciencias de los números, la astronomía y la geometría. Sin duda Platon habia marcado el lugar que debian ocupar estas ciencias en el plan general de una educacion filosófica, destinada á perfeccionar los futuros legisladores del Estado; pero es aminorar la conclusion general que se deduce de la vasta y profunda composicion de las *Leyes* el limitarla al precepto secundario á que se dirige el autor del *Epinomis*. Sólo esto bastaria para relegar este diálogo entre las composiciones apócrifas.

EPINOMIS

ó

EL FILÓSOFO.

EL ATENIENSE.—CLINIAS, CRETENSE.—MEGILO, LACEDEMONIO.

CLINIAS.

Hémos aquí reunidos todos tres, como habíamos convenido, tú, extranjero, Megilo y yo, para examinar de qué manera trataremos esta parte de la prudencia, que, en nuestra opinion, prepararia perfectamente al hombre que la hubiere comprendido, para adquirir toda la sabiduría de que la naturaleza humana es capaz. Los demás puntos de la legislacion, ya los hemos tratado, á nuestro parecer, suficientemente; pero esta cuestion, la más importante que puede dilucidarse y resolverse, quiero decir, qué ciencias pueden hacer sabio al hombre mortal, no la hemos ni dilucidado ni resuelto. Abordémosla hoy; pues en otro caso dejaríamos imperfecta una obra, que hemos emprendido con el designio de explicárnosla claramente desde el principio hasta el fin.

ATENIENSE.

Has hablado perfectamente, mi querido Clinias; sin embargo, vas á oír una reflexion que te parecerá extraña, aunque bajo ciertos conceptos no lo sea. La mayor parte de los que tienen experiencia de la vida están conformes en decir que el género humano no puede llegar á la verda-

dera felicidad. Escúchame, y mira si sobre este punto no pienso como ellos. Convengo en que es absolutamente imposible á los hombres el ser verdaderamente dichosos, á excepcion de un corto número, pero la verdad de esta proposicion me parece limitada á la vida presente, y sostengo que todo hombre tiene una esperanza legítima de gozar, despues de su muerte, de aquellos bienes, en vista de los cuales se ha esforzado en hacer sobre la tierra una vida virtuosa, y terminar esa vida de un modo parecido. Nada nuevo anticipo y de que no tengamos algun conocimiento griegos y bárbaros, cuando digo que para todo sér animado la vida es un estado de sufrimiento y esto desde el principio; porque, ya se considere este sér cuando aún está en el seno de su madre, en el nacimiento despues, ó en sus primeros medros y en su educacion, todos convenimos en que todos sus estados van acompañados de penas infinitas. Viene despues un tiempo muy corto; no sólo en comparacion de la duracion de los males, sino tambien considerado en sí mismo, en el que el hombre parece respirar por algunos momentos; es el centro de la vida. Pero la ancianidad, que avanza á grandes pasos, hace desear, á quien no esté puerilmente preocupado, no emprender una nueva carrera, cuando echa una mirada sobre la que acaba de recorrer. El objeto mismo, cuya indagacion nos ocupa, es una prueba de la verdad de lo que estoy diciendo. Buscamos el medio de llegar á la sabiduría, como si estuviera en nuestro poder el conseguirlo; pero la sabiduría se aleja de nosotros á medida que nos aproximamos á lo que se llaman artes, conocimientos y todas las demás ciencias semejantes que falsamente tomamos por ciencias, porque ninguno de los conocimientos, que tienen por objeto las cosas humanas, merece llevar este nombre. Por otra parte, el alma llena de confianza en sí misma, se lisonjea, dejándose guiar por vanas conjeturas, de que la posesion de la sabiduría le es en cierta manera natural.

mientras que no puede decir ni en qué consiste ni cuándo la ha adquirido. La pintura de este estado, ¿no la reconocemos en la indagación que hacemos de la sabiduría y en el desconsuelo de no encontrarla, desconsuelo que supera á la esperanza de conseguirlo aún en aquellos de nosotros que son capaces de examinar de una manera constante y reflexiva por toda clase de razonamientos y en todo tiempo lo que pasa en ellos mismos y en los demás? ¿Concederemos ó no concederemos que esto es así?

CLINIAS.

Lo concederemos, extranjero, pero conservando la esperanza de que llegará quizá un día en que con tu auxilio se descubra la verdad sobre el objeto de que se trata.

ATENIENSE.

Por el pronto, es preciso recorrer todas las ciencias que vulgarmente llevan este nombre, aunque no comuniquen la sabiduría al que las estudia y las posee, para que después de dejarlas á un lado, tratemos de exponer las que por servir á nuestro propósito deben ser objeto de nuestro estudio. Y comenzando por las artes relativas á las primeras necesidades del género humano, fijémonos en las más precisas, y á decir verdad, en las primeras de todas las artes; que si el que las poseyó pudo pasar por sabio allá en tiempos lejanos, hoy lejos de ser un título de sabiduría, será para el que posea esta pretendida ciencia un motivo de amarga é injuriosa crítica. Hagamos la enumeración de estas artes, y probemos que el que aspire á obtener el premio de la virtud no debe dedicarse á ellas, y sí consagrarse á la indagación de la prudencia y de la instrucción. El primer arte es el que, si hemos de creer en la tradición, hizo que los primeros hombres dejaran de alimentarse de carne humana, y los enseñó á servirse de la carne de los animales. Perdónenme los hombres de estos siglos remotos; pero no son estos los sabios que buscamos. El procedimiento para conver-

tir en harina el trigo y la cebada para hacer de ello un alimento, aunque bueno y útil en sí mismo, jamás hará que se mire á su inventor como un sabio completo; la palabra misma de procedimiento no significa otra cosa que la dificultad de lo que se ha hecho. Otro tanto debe decirse, poco más ó ménos, de toda clase de agricultura, porque los hombres se han dedicado á cultivar la tierra, no á causa del arte, sino naturalmente y por inspiracion divina. La construccion de casas y la arquitectura, el arte de trabajar toda clase de muebles en metal, en madera, en barro, en tejido, y aún de fabricar herramientas de toda clase; todos estos procedimientos son sin duda útiles á la sociedad, pero no se refieren á la virtud. En igual forma el arte de la caza, que abraza tantos objetos y supone tanto trabajo, no da ni grandeza de alma ni sabiduría, como no la da el arte de los adivinos é intérpretes, los cuales conciben únicamente el sentido de sus palabras, pero ignoran la verdad de las mismas. Hasta aquí hemos examinado el arte de adquirir aquello que es necesario para la vida, el cual en ningun caso hace sabio al que lo ejerce. Pasemos á examinar las artes de puro entretenimiento, que son imitativas en su mayor parte y que nada tienen de serio. Imitan por medio de una multitud de instrumentos, y dan al cuerpo diferentes actitudes, que no son del todo decentes. Unos emplean la prosa ó cualquiera especie de verso; otros son hijos del dibujo y expresan una infinidad de figuras diferentes con materias secas ó blandas. Ninguna de estas artes de imitacion ha hecho nacer la sabiduría en el alma de los que la cultivan con el mayor esmero. Despues de todas estas artes tenemos aún otras, cuyo fin es ser útiles al hombre en una infinidad de ocasiones. El más importante y el más extenso es el arte de la guerra. El ejercitarse en este arte es muy honroso; pero entra en él por mucho la fortuna, y el triunfo se debe naturalmente al valor más bien que á la sabiduría. Sin duda

el arte, que lleva el nombre de medicina, nos presta un gran auxilio contra los estragos que hacen en los séres animados las estaciones con sus frios y calores extemporáneos y otros accidentes semejantes; pero ninguna de estas dos artes contribuye á la verdadera sabiduría, porque no tienen regla fija y casi se apoyan sólo en conjeturas inciertas. Confesaremos tambien, que los pilotos y la gente de mar prestan algun servicio á los hombres; pero no habrá nadie que intente hacernos creer, que entre estos hombres haya un sabio, puesto que no hay entre todos ellos ni uno que conozca la causa que levanta ó sosiega los vientos, conocimiento esencial para la navegacion. Lo mismo sucede con los que se dedican á defender el derecho de otro ante los tribunales con el talento de su palabra. Todo su mérito consiste en tener memoria y conocer cierta rutina; son capaces de discernir lo que pasa por justo en la opinion de los hombres; pero están muy distantes de conocer la verdad tocante á lo que es la justicia en sí misma.

Tambien hay en el alma una facultad bastante singular, que contribuye á conquistarse reputacion de sabio, pero que ordinariamente es considerada como un don de la naturaleza más bien que como un fruto de la sabiduría. Consiste en aprender con facilidad, poseer una memoria vasta y firme, y en recordar oportunamente lo que conviene hacer en circunstancias dadas, y esto con mucha prontitud. Muchos dan á esta facultad el nombre de talento natural, otras el de sabiduría, otros el de penetracion de espíritu, pero un hombre verdaderamente prudente no consentirá jamás que se llame sabiduría á la habilidad de esta clase de personas. Sin embargo, es preciso que descubramos alguna ciencia que dé al que la posee una sabiduría real y no una sabiduría aparente. Veamos. La indagacion en que vamos á entrar no deja de ser difícil, puesto que se trata de encontrar fuera de

lo que acabamos de recorrer una ciencia, que merezca verdaderamente y con razon el nombre de sabiduría, una ciencia, en fin, que saque de la clase de artesanos y del comun de las gentes al que la haya adquirido, haciendo de él un hombre sabio y virtuoso, un ciudadano justo y ordenado en toda su conducta, sea que mande, sea que obedezca. Por lo pronto veamos cuál es, entre todas las ciencias, aquella, que si no la hubiera conocido nunca el hombre, ó llegara á perderla, se veria reducido á ser el más simple é insensato de los animales. No es difícil encontrar esta ciencia, porque si se las examina una á una, ninguna produciria con más seguridad este efecto, que la que da al género humano el conocimiento del número, y creo que un dios, más bien que el azar, nos ha hecho gracia de esta ciencia para nuestra conservacion. Pero es preciso que os explique á qué dios me refiero, y que es extraño en un sentido y no en otro. En efecto, ¿cómo aquel, á quien somos deudores de todos los demás bienes, puede dejar de ser mirado como autor del más grande de todos ellos, cual es la sabiduría? ¿Y cuál es, Megilo y Clinias, este dios de quien hablo con tanto elogio? Es el cielo; y á él es á quien de toda justicia debemos tributar particularmente nuestros homenajes y dirigir nuestras súplicas, como lo hacen todos los demás dioses y genios. Segun confesion de todo el mundo, somos deudores á su liberalidad de todos los demás bienes, y segun nuestra opinion él es el que ha descubierto á los hombres la ciencia de los números, y la descubrirá aún á todo el que quiera escuchar sus lecciones. Llámesele mundo, olimpo ó cielo, importa poco el nombre que se le quiera dar, con tal que, elevándose á la verdadera contemplacion de este dios, se observe cómo se presenta bajo mil formas variadas; cómo imprime el movimiento á los astros que él contiene; cómo hace nacer las revoluciones, las estaciones, la vida, los diversos conocimientos unidos al de los

números, y todos los demás bienes, el más grande de los cuales es sin contradicción esta ciencia de los números, cuando se sabe servirse de ella para explicar todo el orden celeste.

Pero volvamos por un momento atrás, para recordar con cuánta razón hemos creído, que si se quitaba el número á la humanidad, se haría imposible para ésta toda prudencia. En efecto, el alma de un animal, que estuviese destituida de razón, sería incapaz de reunir nunca todas las virtudes. Ignorando lo que son dos y tres, el par y el impar, en una palabra, no teniendo ninguna idea del número, jamás será capaz de dar razón de ninguna cosa, no conociéndola sino por los sentidos y la memoria. Nada impide que haya otras virtudes, como la fuerza y la templanza; pero, privado de la verdadera razón, jamás se hará sabio; y todo el que no tiene sabiduría, que es la parte principal de toda virtud, no pudiendo hacerse perfectamente bueno, no puede por lo mismo llegar á la felicidad. Es de toda necesidad que el número sirva de fundamento á todo lo demás. Para explicarlo, sería preciso entrar en desenvolvimientos más extensos que todo lo que se ha dicho hasta aquí; pero lo mejor que por el momento puede decirse, es que de todas las artes cuya enumeración hemos hecho, áun queriendo buenamente concederlas el nombre de artes, no hay una que pueda subsistir, ni una que deje de perecer por completo, si se suprime la ciencia de los números. A no fijarse más que en las artes, podría creerse con algun fundamento que esta ciencia no es necesaria al género humano sino para objetos de poca importancia, y sin embargo, esto ya es mucho. Pero si fijamos nuestras miradas en lo que hay de divino y de mortal en la generación, donde habrá de reconocerse el principio de la piedad para con estos dioses y el número por esencia, se verá entonces que no es dado á todo el mundo comprender toda la virtud y eficacia de

la esencia de los números. Es evidente, por ejemplo, que la música en su conjunto no puede pasar sin movimientos y sin sonidos medidos por el número. Y lo más admirable es que esta ciencia, al mismo tiempo que es origen de todos los bienes, no es origen de ningún mal, de lo cual es fácil convencerse. El número no entra para nada en aquellas clases de movimiento en que no entren la razón, ni el orden, ni la figura, ni la medida, ni la armonía; en una palabra, en todo lo que participa de algún mal. Hé aquí de lo que debe estar persuadido todo hombre que quiera ser dichoso hasta el fin de sus días; y aún respecto á lo justo, á lo bueno, á lo bello y á otras cosas semejantes, el que no las conozca y las penetre mediante una opinión verdadera, jamás podrá dar razón de ellas de modo que se satisfaga á sí mismo y satisfaga á los demás.

Vayamos más lejos y observemos cómo hemos aprendido á contar. Dime, ¿de dónde nos viene el conocimiento de la unidad y del número dos á nosotros que somos los únicos seres del universo dotados naturalmente de la capacidad de reflexionar? porque la naturaleza no ha dado á los demás animales las facultades necesarias para aprender á contar. Pero Dios, en primer lugar, ha puesto en nosotros la inteligencia requerida para concebir lo que se nos muestra; en seguida nos ha mostrado y nos muestra todavía diversos objetos, entre los cuales ninguno más bello que el espectáculo del día. Del aspecto del día el hombre pasa al de la noche, que le presenta un cuadro completamente diferente, y teniendo constantemente en cuenta la revolución sucesiva de días y noches, el cielo no cesa de enseñar á los hombres lo que es uno y lo que son dos, hasta que el más estúpido haya aprendido suficientemente á contar; porque esta misma serie de días y noches enseña á cada uno de nosotros lo que son tres, cuatro y muchos. Además, uno de los cuerpos celestes, que Dios ha formado es la luna, la cual en su carrera, pareciendo

tan pronto más grande como más pequeña, nos muestra sin cesar una nueva especie de día durante el espacio de quince días y quince noches; tal es la medida de su revolución, si se quiere unir todas las partes para formar con ellas un círculo; de suerte que el más estúpido de los animales, á quien Dios ha dotado de la facultad de aprender, concibe al fin lo que es el número. Hasta aquí, y en tanto que sólo se trate de considerar cada número separadamente, todo animal que tenga la inteligencia necesaria se hará hábil en esta ciencia. Pero es preciso, á mi parecer, mayor esfuerzo de espíritu para combinar diversos números, y por esto razon Dios, habiendo creado la luna, como dije ántes, con crecientes y menguantes, nos ha hecho ver por este medio la relacion de los meses á los años (1), y nos puso por fortuna en disposicion de poder comparar un número con otro número. De aquí igualmente nos han venido los frutos y la fecundidad de la tierra, que proporciona á todos los animales el alimento con el auxilio de los vientos y de las lluvias, distribuidas á tiempo y con la debida proporcion. Si alguna vez este orden sufre alteraciones y cambios, no por eso hay que acusar á Dios, sino al hombre, que no vive conforme á las reglas de la justicia.

En nuestras indagaciones sobre las leyes, hemos creído que en todo lo demás era fácil á los hombres conocer y procurar su más grande bien, y que no hay nadie que no pueda comprender y poner en práctica lo que hemos dicho, con tal que sepa distinguir lo útil de lo perjudicial. Hemos creído, dije, y creemos aún, que todo lo relativo á los demás deberes no ofrece gran dificultad; pero aprender á ser hombre de bien es cosa difícil. En efecto, lo que hemos ordenado para la adquisicion de los bienes es po-

(1) Se trata de los meses lunares, los primeros de que se hizo uso. En griego la palabra $\mu\eta\nu$, mes, viene de $\mu\eta\nu\lambda$, luna.

sible, y si se quiere, fácil. Se sabe bien cuáles son en las riquezas los límites de lo necesario y de lo supérfluo; cómo es preciso que el cuerpo sea ó no sea afectado. En cuanto al alma, todo el mundo conviene en que debe ser buena, así como en que para que sea buena es preciso que sea justa, moderada, fuerte, y también dice todo el mundo que debe ser sábia. ¿Pero de qué sabiduría se trata? Es punto sobre el que las opiniones, como dije ántes, están tan divididas, que apenas se encontrarán dos personas que sean del mismo dictámen. Ahora bien, además de las otras especies de sabiduría de que hemos hablado, acabamos de descubrir una que no es ménos propia que todas las demás, para dar las apariencias de hombre sabio al que posea la ciencia que hemos expuesto. ¿Pero sería por esto verdaderamente sabio y virtuoso? es punto que necesitamos examinar.

CLINIAS.

Extranjero, has tenido mucha razon en decir que ibas á hablarnos de grandes cosas de una manera proporcionada al objeto.

ATENIENSE.

Sí, mi querido Clinias, estas son cosas grandes, y lo que es más, cosas completa y absolutamente verdaderas.

CLINIAS.

Estoy persuadido de eso, extranjero; pero no te canses y continúa explicándonos tu pensamiento.

ATENIENSE.

Continuaré; pero no os canseis vosotros tampoco de oirme.

CLINIAS.

Te respondo de que prestaremos toda nuestra atención Megilo y yo.

ATENIENSE.

Muy bien. Me parece indispensable remontar hasta el principio, sobre todo para ver si podemos comprender

bajo un solo nombre lo que entendemos por sabiduría, ó si esto supera nuestras fuerzas; y para ver, en segundo lugar, cuáles son las ciencias cuyo conocimiento hace al hombre sabio, dándole esta sabiduría que nosotros concebimos, y cuántas son.

CLINIAS.

Haz lo que gustes.

ATENIENSE.

Hecho esto, no será malo que el legislador que tiene acerca de los dioses ideas más elevadas y exactas que los que han hablado de ellas ántes que él, las exprese de una manera conforme á la hermosa ciencia que ha adquirido, y pase el resto de sus dias honrando á los dioses y celebrando con himnos su suprema felicidad.

CLINIAS.

Tienes razon, extranjero, y ojalá que el plan de tu legislacion te conduzca á vivir en relacion familiar con los dioses, y corone la vida más pura con el más bello y más dichoso fin.

ATENIENSE.

¿Qué diremos, Clinias? Crees que el mejor medio de honrar á los dioses en nuestros himnos sea el suplicarles que nos sugieran, cuando hablemos de ellos, los más bellos y sublimes pensamientos? ¿Es esta tu opinion?

CLINIAS.

Perfectamente; esa es mi opinion. Y así dirígeles una oracion, querido mio, en la confianza de que te escucharán, y haznos á nosotros partícipes de las inspiraciones magníficas que tendrás sobre los dioses y las diosas.

ATENIENSE.

Es lo que voy á hacer, con tal que Dios mismo me sirva de guia; pero une tus oraciones á las mias.

CLINIAS.

Ya puedes hablar.

ATENIENSE.

Habiendo explicado mal los que nos han precedido el origen de los dioses y de los animales, debo comenzar por reformar sus equivocadas opiniones en esta materia, reproduciendo lo que ya se probó en la conversacion precedente contra los impíos (1). á saber, que hay dioses, que su providencia se extiende á todo, lo mismo á las cosas pequeñas que á las grandes, y que son inflexibles contra la injusticia. Lo recordareis sin duda, Clinias; porque habeis escrito nuestra conversacion y estais tanto más en el caso de recordarlo, cuanto que nada hemos dicho que no sea exactamente verdadero. El punto fundamental de esta discusion era que el alma ha existido ántes que el cuerpo; lo recordais? ¿No es esto cierto? Porque es conforme á la razon que lo que es de una naturaleza más excelente sea tambien más antiguo y más divino que lo que es de una naturaleza inferior, y debe ser, por consiguiente, más moderno y ménos excelente, á manera que lo que gobierna existe ántes que lo que es gobernado, y lo que imprime el movimiento ántes que lo que le recibe. Reconozcamos, por lo tanto, que la existencia del alma es anterior á la del cuerpo. Pero si es así, aún es más conforme á la razon, que el principio de la existencia sea anterior á todo sér existente. Establezcamos como una cosa más conforme al orden, que hay un principio del principio, y que deberemos tomar el camino más recto para elevarnos á lo más sublime que hay en la sabiduría, es decir, al origen de los dioses.

CLINIAS.

Tengamos eso por cierto en cuanto nos es posible sorprenderlo.

ATENIENSE.

Dime, ¿no es una cosa muy exacta y muy natural, que se dé el nombre de animal á lo que resulta de la amalga-

(1) Véase el libro décimo de las *Leyes*.

ma y de la union de un alma y un cuerpo bajo una misma forma?

CLINIAS.

Sí.

ATENIENSE.

Luego esta es la verdadera definicion del animal.

CLINIAS.

Sin duda.

ATENIENSE.

Añadamos, que segun toda probabilidad hay cinco elementos sólidos, cuya combinacion puede formar los cuerpos más bellos y perfectos. Con respecto á los séres de naturaleza diferente, todos tienen la misma forma. No es posible, que una sustancia que nada tiene de corporal ni de visible, deje de estar comprendida bajo el género verdaderamente divino del alma. Ahora bien; sólo á una sustancia pertenece la cualidad de formar y de producir, así como es lo propio del cuerpo el ser formado y producido y el caer bajo los sentidos, mientras que, digámoslo de nuevo, porque no basta decirlo una vez, mientras que, repito, la naturaleza de la otra sustancia consiste en ser invisible, en conocer y ser conocida, en recordar y razonar segun las diversas combinaciones de los números pares ó impares (1). Por lo tanto, hay cinco cuerpos elementales, á saber, el fuego y el agua; el tercero el aire, el cuarto la tierra, y el quinto el éter; y segun que uno ú otro de estos elementos predomina, se forma una multitud de animales diferentes. Para comprenderlo mejor, consideremos cada especie en su unidad. Tomemos por primera unidad la especie terrestre, que comprende todos los hombres, todos los animales, de muchos piés ó sin

(1) Platon, siguiendo á Pitágoras, representa el alma bajo la idea de un número resultado de combinaciones pares é impares. Véase el *Timeo*.

ellos, todos los que se mueven y los que son inmóviles y están sujetos por raíces. Es preciso entender aquí por unidad de especie la existencia en ella de todas las demás especies, pero siendo el elemento dominante la tierra y el sólido. En la segunda especie es preciso colocar otros animales, cuya naturaleza consiste á la vez en ser producidos y en caer bajo el sentido de la vista. Estos participan principalmente del fuego, pero entran tambien en ellos pequeñas porciones de tierra, de aire y de otros elementos. De esta mezcla resulta una infinidad de animales que son diferentes entre sí y todos visibles. Es preciso creer que estos animales son los que vemos en la bóveda celeste, y cuya reunion forma la especie divina de los astros, que están dotados del más bello de los cuerpos y de la más dichosa y perfecta de las almas. En cuanto á su destino no es posible dejar de concederles ó una existencia incorruptible, inmortal y completamente divina, ó una vida tan larga y tan suficiente para cada uno de ellos, que jamás puedan entrar en el deseo de alargarla.

Pero por el pronto fijémonos bien en la naturaleza de estas dos especies de animales. Diremos por segunda vez que una y otra son visibles: ésta, si juzgamos por las apariencias, es toda de fuego; y aquella, toda de tierra. La especie terrestre se mueve sin ninguna regla; la especie ígnea, por el contrario, tiene sus movimientos arreglados con un orden admirable. Pero todo lo que se mueve sin ningun orden debe ser considerado como desprovisto de razon; y en este caso están, en efecto, casi todos los animales terrestres; mientras que el orden, que reina en la marcha de los animales celestes, es una gran prueba de que están provistos de razon. Porque como siguen siempre la misma direccion y con la misma velocidad, y hacen y padecen siempre las mismas cosas, es un motivo suficiente para concluir que su vida está dirigida por la razon. La necesidad que domina á un alma inte-

ligente es la más fuerte de todas las necesidades, puesto que es por sus leyes, y no por las de otro, por las que semejante alma se gobierna; y cuando tomando consejo de una inteligencia excelente, se determina á hacer lo mejor que existe, entónces lo que ella ha querido se ejecuta irrevocablemente segun las decisiones de su inteligencia. El diamante mismo no tiene más solidez ni consistencia, y puede decirse con verdad que las tres Parcas mantienen y garantizan la ejecucion perfecta de lo que cada uno de los dioses ha resuelto conforme á la más sábia de las deliberaciones. De donde se sigue, que los hombres deben considerar como un signo de la inteligencia, que anima á los astros y preside á todas las revoluciones celestes, la constancia con que se verifican sus movimientos, porque así se halla determinado desde un tiempo infinito por decretos antiguos, sin permitirles el más pequeño cambio, ni en la direccion, ni en el orden de su marcha. Por el contrario, algunos hombres, al ver que los astros hacen siempre las mismas cosas y de la misma manera, han creido por esto mismo que los astros no tenían alma. La multitud ha seguido á estos insensatos, de suerte que ha supuesto razon y vida en lo que es humano, porque se mueve como quiere, y ha privado de inteligencia á lo que es divino, porque persevera siempre en el mismo movimiento. No; el hombre ha podido elevarse á una concepcion más bella, más justa y más agradable á los dioses, y comprender que lo que debe reconocerse como dotado de inteligencia es precisamente lo que hace siempre las mismas cosas, segun las mismas reglas y de la misma manera. Tales son los astros, tan preciosos á la vista, que por su marcha y movimiento armónico sobrepujan á todos los coros en majestad y en magnificencia, y satisfacen al mismo tiempo las necesidades de todos los animales. Para demostrar que tenemos razon en sostener que los cuerpos celestes están animados, basta que

fijemos nuestra atencion en su magnitud; porque no es cierto que sean tan pequeños como nos parecen; ántes, por el contrario, su masa es de un espesor prodigioso, lo cual nadie puede negar, porque está apoyado en suficientes demostraciones. Y así no habrá equivocacion en suponer el cuerpo del sol más grande que el de la tierra; y los otros cuerpos celestes tienen igualmente una magnitud, que no alcanza la imaginacion á graduar. Ahora bien; decidme por favor, ¿qué naturaleza podrá imprimir á masas tan enormes un movimiento circular, que es desde hace tantos siglos lo mismo que es hoy? Yo sostengo que sólo Dios es la causa de semejante efecto, y que no es posible otra cosa; porque, segun hemos demostrado, un cuerpo no puede ser animado por otro poder que por el de Dios, y puesto que esto es posible á Dios, nada más fácil para él que animar un cuerpo, una masa cualquiera, y prescribirle en seguida el movimiento que crea más conveniente. En una palabra, para decir toda la verdad en esta materia, es imposible que la tierra, el cielo, todas las constelaciones y las masas que los componen, se muevan con tanta exactitud segun los años, los meses y los dias, y sean para todos nosotros origen de todos los bienes, sin que cada uno de estos cuerpos tenga cerca de sí ó en sí un alma que le dirija. Cuerpo más despreciable es el hombre comparado con estos grandes cuerpos, tanto más conviene que procure evitar extravíos en este punto, y no decir nada que no sea inteligible; porque no es hablar en forma inteligible el achacar la causa de estos movimientos á yo no sé qué fuerza inherente á los cuerpos, á ciertas propiedades ó á otras cosas semejantes.

Volvamos á lo que dijimos, y consideremos desde luego si hemos tenido razon ó nó para reconocer las dos sustancias que hemos dicho; una espiritual y otra corporal, y en cada una una multitud de séres, que difieren entre sí como

difieren aquellas una de otra, y una tercera sustancia que se encuentra en las dos primeras. En cuanto á la diferencia del alma y del cuerpo la haremos consistir en que el alma tiene inteligencia y el cuerpo está privado de ella; en que el alma manda y el cuerpo obedece; en que el alma es la causa de todo lo que existe y el cuerpo no produce nada. Y así pretender que los fenómenos celestes son efecto de cualquiera otra causa, y no son producidos por el concurso del alma y del cuerpo, es una locura, es un absurdo. Por consiguiente, si el sistema que proponemos debe preferirse á todos los demás, y si puede afirmarse que todos estos efectos son divinos, es preciso decir una de dos cosas: ó que los astros son dioses y que se les debe honrar como tales, ó que son imágenes de ellos y deben ser mirados como estatuas animadas de los dioses desprendidas de la mano de los mismos; porque no se trata de operarios torpes y despreciables. No se puede, como he dicho, ménos de conceder á los astros uno ú otro de estos títulos; y si sólo se admiten que son estatuas de los dioses, reclaman una veneracion particular, tanto más cuanto que no hay otras que sean más bellas, ni más comunes á todos los hombres, ni que estén expuestas en parajes más publicos, ni que puedan ser con ellas comparadas por la pureza, por la majestad y por la vida; de suerte que puede asegurarse que lo que digo es cierto.

Ahora, y para avanzar en el conocimiento de los dioses, despues de haber considerado dos especies de animales visibles para nosotros, la una inmortal en nuestra opinion, la otra terrestre y mortal, procuremos hablar de la manera más clara y más verosímil de las tres especies de seres que están en medio en el grupo de las cinco especies, y que sirven para unir las otras dos. Despues del fuego pongamos el éter y digamos, que el alma forma de él una especie que, semejante en este punto á las otras especies, participa principalmente del elemento de que

está formado, entrando los otros elementos en corta cantidad y sólo en cuanto son necesarios para unir todas las partes. Despues del éter viene el aire, del cual el alma forma otra especie de animales. En fin, la tercera especie se forma del agua. Probablemente el alma, despues de haber dado el sér y la forma á estos diversos animales, ha llenado con ellos todo el universo, destinando cada uno á los usos que le son propios, y comunicando á todos la vida; y habiendo comenzado por la formacion de los dioses visibles, ha pasado á los animales de la segunda, de la tercera, de la cuarta y de la quinta especie, y ha concluido por la especie humana. Con respecto á los dioses conocidos con lós nombres de Júpiter y Juno y á todos los demás, pueden ocupar el punto que se quiera, con tal que no se altere el órden que acabamos de establecer, y que se tenga lo dicho por firme y valedero. Y así es preciso decir que los astros y todos los demás séres que juzgamos por los sentidos que han sido formados con ellos, son, entre los dioses visibles, los primeros, los más grandes, los más dignos de ser honrados, y aquellos cuya vista es más perspicaz. Inmediatamente despues de ellos entran los demonios, especie aérea, que ocupan el tercer lugar, el del medio, y sirven de intérpretes á los hombres. Debemos honrarles por medio de oraciones para obtener de ellos dichosos anuncios. Estas dos especies de séres animados, los unos de naturaleza etérea, los otros de naturaleza aérea, no son visibles para nosotros, y aunque estén cerca de nosotros, no los percibimos. Digamos de ellos que, perteneciendo á una especie dotada de penetracion y de memoria, tienen una inteligencia prodigiosa; que leen en el fondo de nuestro pensamiento; y que su inclinacion hácia los buenos es tan fuerte como su aversion á los malos, siendo por su naturaleza capaces de sentir el dolor y la pena. Sólo Dios, que reúne en sí la perfeccion de la divinidad, está exento

de todo sentimiento de alegría y de tristeza; son propias de él la sabiduría y la inteligencia supremas. Todo el universo está de este modo lleno de animales. Los dioses, colocados á las extremidades más remotas, se comunican entre sí por medio de estos animales intermedios, que se dirigen con la mayor agilidad tan pronto hácia la tierra como hácia lo más alto del cielo. El agua es el elemento de la quinta especie de animales que pueden ponerse en la línea de los semi-dioses. Unas veces se muestran á nosotros, otras se nos ocultan; apenas los conocemos, y la vista oscura de los mismos siempre va acompañada de sorpresa.

Siendo cierta la existencia de estas cinco especies de animales, cualquiera que sea la manera como la hayamos conocido, sea en sueños, sea por voces y predicciones oídas estando sanos ó enfermos, sea por apariciones en el momento de la muerte, y ya esta creencia esté apoyada en opiniones generales ó particulares, que han dado origen á numerosas instituciones religiosas y que harán nacer otras en lo sucesivo, es un deber del legislador, por poca que sea su prudencia, no emprender jamás innovaciones en esta materia, ni introducir en el Estado ningun culto que no tenga fundamento cierto. Tampoco debe separar á sus conciudadanos de los sacrificios establecidos por la ley del país, porque ignora estas cosas, incapaz como es toda naturaleza mortal de conocer nada en esta materia.

Con relacion á los dioses que vemos manifestamente, ¿no nos dicta la razon que son hombres malos los que no se atreven á hablarnos de ellos ni á hacérselos conocer, consintiendo que se les deje sin sacrificios y privados de los honores que les son debidos? Esto es lo que hoy sucede; que es como si alguno, habiendo visto el sol ó la luna levantarse é iluminarnos á todos, no dijese nada á los demás, aunque pudiese en ciertos conceptos

darles conocimiento de ello, y que viendo que ningun honor se les dispensaba, no se esforzase, cuanto pudiera, para exponerlos al público en lugar digno, á la vista de todo el mundo, haciendo instituir para ellos fiestas y sacrificios y valiéndose para la distribucion de las estaciones, del tiempo que tardan en recorrer sus órbitas, el sol un año más largo, la luna un año más corto (1). ¿No se diria con razon de este hombre, que por su maldad se perjudicaba á sí mismo y á todo el que como él tenga la facultad de conocer?

CLINIAS.

Sin duda; seria un hombre pésimo.

ATENIENSE.

Pues bien, mi querido Clinias, este es el caso en que yo me encuentro.

CLINIAS.

¿Qué dices?

ATENIENSE.

Sabed que en toda la extension del cielo hay ocho poderes, todos hermanos los unos de los otros. Yo los he visto, y no es un gran descubrimiento, como que cualquiera otro puede hacer lo mismo. De estos ocho poderes uno está en el sol, otro en la luna, el tercero en todos los astros de que hicimos mencion ántes. Los otros cinco no tienen nada de comun con estos. Todos estos poderes con los cuerpos celestes que animan, ya marchen por sí mismos, ya sean conducidos por carruajes, caminan por el cielo. Que nadie de nosotros se imagine que algunos de estos astros son dioses y que otros no lo son; que los unos son legítimos y los otros nó, lo cual no podria decirse sin cometer un crimen; ántes digamos y aseguremos, que to-

(1) No se trata aquí del año lunar, tal como nosotros lo entendemos, sino del tiempo que gasta la luna en hacer su revolucion periódica y en volver al punto de donde ha partido; esto es lo que significa *ἡραυτός*.

dos son hermanos y que su destino es el mismo. Tribute-
mos á todos honores, sin consagrar á éste el año ó aquél
el mes; sin asignar á los demás tiempo marcado en el
que habrán de realizar su revolucion, contribuyendo á la
perfeccion de este órden visible establecido por la razon su-
prema. A la presencia de este órden, sorprendido pri-
mero el hombre y lleno de admiracion ha concebido en
seguida el vivo deseo de saber en esto todo lo que una
naturaleza mortal puede conocer, persuadido de que este
es el medio de pasar la vida más inocente y más dichosa,
y de ir despues de la muerte á los sitios destinados á ser
la estancia de la virtud; y despues de haberse iniciado de
una manera verdadera y real, poseyendo sólo la sabidur-
ría única, pasan el resto de sus dias en la contemplacion
del más encantador de los espectáculos.

Me falta enseñaros cuáles son estos dioses y cuántos
son. No temo en este caso pasar por mentiroso; os lo
puedo asegurar. Repito, que éstos poderes son ocho en
número; de tres hemos hablado; digamos algo de los
cinco restantes. El cuarto y el quinto tienen en su revo-
lucion un movimiento igual poco más ó ménos en veloci-
dad al del sol, ni más lento, ni más rápido; de suerte que
estos tres poderes aparecen como gobernados por la
misma inteligencia superior. Estos poderes son el del sol
y el de la estrella de la mañana; y con respecto al tercero,
no os puedo designarle con un nombre, porque no es co-
nocido. La razon de esto es, que el primero que hizo estos
descubrimientos era un bárbaro; porque los primeros
nombres que se emplearon en este estudio proceden de un
antiguo país favorecido por la belleza del estío, como
Egipto y Siria, donde podian contemplar constantemente,
por decirlo así, todos los astros al descubierto, por ser re-
giones en que no se conocen ni las nubes ni las lluvias.
Sus observaciones, verificadas durante una serie infinita
de años, son ya conocidas en todo el mundo y particular-

mente en la Grecia. Por esta razon podemos aceptarlas con confianza como otras tantas leyes. Pretender, en efecto, que lo que es divino no merezca nuestra veneracion, ó que los astros no son divinos, es una extravagancia manifiesta. Si no tienen nombre, ya acabo de indicar la causa. Algunos sin embargo, han tomado prestado el nombre de los dioses; y así la estrella de la mañana, que tambien es la de la tarde, parece llamarse Vénus (1), nombre que, á juicio del sirio que se le ha dado, es el que mejor conviene á este astro. El otro astro, que marcha á la par con el Sol y Vénus, se llama Mercurio. Aún hay tres poderes que se mueven de izquierda á derecha como el Sol y la Luna. Con respecto al octavo, debe comprendérsele bajo un solo nombre, y no se le puede dar otro mejor que el de mundo superior, que sigue un movimiento opuesto al de las demás estrellas, arrastrándolas en su esfera de accion, en cuanto podemos juzgar por nuestros conocimientos, que son muy limitados en este punto. Pero es preciso decir todo lo que se sabe, y esto es lo que yo hago; porque así se descubre en cierta manera la verdadera sabiduría á todo el que tiene una pequeña parte de la inteligencia recta y divina. Tenemos, pues, que hablar de tres astros, de los cuales el de más lenta marcha es llamado por algunos Cronos; así como llaman Júpiter al segundo en lentitud; y Marte al tercero, que es el de color más rojo. No es difícil descubrir estos astros cuando alguno nos los hace observar, y, una vez conocidos, debe formarse de ellos la idea que acabamos de manifestar.

Tambien es indispensable, que todo griego sepa que el clima de la Grecia es quizá el más saludable de todos para la virtud. Su principal ventaja consiste en que su

(1) Vénus fué conocida y reverenciada por los pueblos orientales bajo diferentes nombres, Astarté, Milita, Alita, Derceto, Atargátide. Véase Herodoto, I, 105.—Luciano, *De dea Syria*, C, 22.

temperatura es un término medio entre el frío del invierno y el calor del verano. Sin embargo, como nuestro verano no es tan sereno como el de los países de que acaba de hablarse, no nos ha proporcionado sino hasta más tarde el conocimiento del orden de todos estos dioses. Pero tengamos en cuenta, que los griegos han perfeccionado todo lo que han recibido de los bárbaros; y en cuanto al objeto que tratamos debemos persuadirnos de que si ha sido difícil descubrir todo esto con certidumbre, debemos prometernos, que los griegos, con su educación, con el auxilio del oráculo de Delfos, y su fidelidad en la observancia de las leyes, tributarán á todos estos dioses un culto realmente más excelente y racional, que el culto y las tradiciones procedentes de los bárbaros. Tampoco debe detener á ningún griego el temor de decir, que los hombres mortales no deben hacer indagaciones sobre las cosas divinas, porque debemos tener una opinión contraria, puesto que no estando Dios desprovisto de razón y no ignorando la extensión de la inteligencia humana, sabe muy bien que, cuando es él el que enseña, ésta es capaz de seguir sus lecciones y de aprender lo que se le enseñe. También sabe sin duda, que él es el que nos instruye con relación á los números y al arte de contar, y que de él lo aprendemos. Si desconociese todo esto, sería el más insensato de todos los seres, porque en este caso se desconocería á sí mismo, como suele decirse, ofendiéndose de que el hombre aprenda lo que puede aprender, en lugar de regocijarse sin ningún género de envidia al verle trabajar para perfeccionarse con el auxilio de Dios.

Sería materia de un largo y magnífico discurso el demostrar, que las primeras ideas que los hombres expusieron sobre el origen de los dioses, su naturaleza y la calidad de sus acciones, no fueron ni razonables ni dignas de su objeto, como no lo fueron los sistemas que vinieron después, pretendiendo que el fuego, el agua y los otros ele-

mentos han existido ántes que todo lo demás, y que el alma, que es una maravilla, es de una época posterior; que el principal y más excelente de los movimientos es el que los cuerpos han recibido en propiedad y mediante el que se mueven por sí mismos, comunicándose lo caliente, lo frio y otras cualidades semejantes, en vez de decir que el alma es el principio de su movimiento y del de los cuerpos. Pero hoy día cuando sostenemos, que, estando el alma en un cuerpo, no es extraño que le mueva y le lleve consigo, nuestro espíritu no encuentra ninguna dificultad en creerlo, como no la hay en que pueda trasportar un peso cualquiera. Por esta razon, en nuestra opinion, siendo el alma la causa primera del universo, y siendo todos los bienes de una cierta naturaleza y todos los males de una naturaleza diferente, nada tiene de extraño que el alma sea el principio de toda tendencia, de todo movimiento; y que sea preciso que el bien haya sobrepujado y sobrepuje siempre al mal. Nada decimos en esta materia que no apruebe la justicia, que debe tomar venganza de los impíos. Tampoco nos es permitido poner en duda el principio de que el hombre de bien merece el título de sabio. Pero veamos si esta sabiduría, que há tanto tiempo es objeto de nuestras indagaciones, está unida á una ciencia ó á un arte, que no podemos ignorar sin ignorar tambien lo que es la justicia. Creo que es así, y en este punto hé aquí mi pensamiento: Despues de largas y penosas indagaciones se me ha presentado la sabiduría, y voy á hacer un esfuerzo para dáosla á conocer tal como yo la veo. Por lo que acaba de decirse creo haber hecho entender, que la causa de nuestra ignorancia consiste en que practicamos mal lo que constituye la esencia de la virtud (hablo de la piedad para con los dioses), y guardémonos mucho de creer que haya una parte más esencial de la virtud y que los mortales deban preferir á ésta. Es preciso explicar cómo, efecto de la más grosera ignorancia, no se ha encontrado

esta cualidad en las personas de índole más excelente. Llamo personas de excelente índole á aquellas que se forman muy dificilmente, pero de las que una vez formadas y educadas, deben esperarse los mayores bienes. En efecto, se necesita cierto temperamento, mezcla de lentitud y de vivacidad, para que al mismo tiempo un alma sea suave, estime el valor, y se muestre dócil á las lecciones de la templanza. Tambien es muy importante que á estas cualidades se una disposicion para las ciencias y una buena memoria, que le haga tener placer en el estudio, para que se consagre á él con decision. Así como se encuentran raras veces naturalezas de esta índole, de igual modo cuando existen y han recibido la cultura y la educacion necesarias, son las más á propósito para mantener en el deber á la multitud de caractéres ménos distinguidos, porque en todas circustancias piensan, hacen y dicen, respecto de los dioses, todo lo mejor posible, y ajenos á toda ostentacion de piedad en los sacrificios y en las expiaciones que tienen por objeto los dioses y los hombres, tributan un homenaje sincero á la virtud, lo cual es una gran ventaja para el Estado. Digo, pues, que los que tienen semejante índole son los que están mejor dispuestos para aprender perfectamente, con tal que alguno les sirva de maestro. Pero nadie puede enseñar sino bajo la direccion de Dios. De manera, que si el que quiere enseñar no se ciñe á esto, como es preciso, valdria más no aprender nada de él. Sin embargo, segun lo que hemos dicho, es una necesidad para las personas de esta feliz condicion aprender la sabiduría, como es para mí enseñarla. Tratemos, por lo pronto, de explicar, segun nuestras luces y segun el alcance de las personas para quienes hablo, cuál es esta ciencia propia para inspirar la piedad respecto de los dioses, y cómo debe aprenderse.

Se sorprenderá cualquiera quizá al oír el nombre de esta ciencia. Voy á decirle, puesto que nadie puede sos-

pechar cuál sea á causa del poco conocimiento que se tiene de las cosas; es la astronomía. ¿Ignorais que es indispensable que el verdadero astrónomo sea tambien muy sabio? No hablo de aquel que observa los astros segun el método de Hesiodo y de otros autores semejantes, limitándose á estudiarlos cuando nacen y se ponen, sino aquel que de las ocho revoluciones ha observado principalmente la de los siete planetas, cada uno de los cuales describe su órbita de una manera, que no es dado á todo hombre conocer, á no estar dotado de un natural excelente, como hemos dicho, y como lo diremos al explicar por qué camino y cómo es preciso aprenderlo. Digamos por de pronto, que la luna acaba muy rápidamente su revolucion, que ella nos da el mes y que lo divide en dos cuando está llena. Además, es preciso considerar el sol, que con la totalidad de su revolucion nos produce el cambio de las estaciones, y los dos planetas que marchan con igual velocidad que él. Y para no repetir muchas veces las mismas cosas, es preciso observar el camino que llevan los demás planetas de que hemos hablado, lo cual no es fácil. Para adquirir las cualidades que nos harán posibles estas observaciones, es preciso aprender de antemano muchas cosas, y acostumbrarse al trabajo en la infancia y en la juventud. Por lo tanto, no puede prescindirse de aprender las matemáticas, cuya primera y principal parte es la ciencia de los números, no de los concretos, sino de los abstractos, de la generacion del par y del impar y de la influencia que tienen sobre la naturaleza de las cosas.

Despues de esta ciencia, se presentará otra, que ridículamente se llama geometría, y que es propiamente la ciencia de hacer conmensurables, refiriéndolos á superficies, números que sin esto no tendrian medida comun, lo cual parecerá una maravilla, no humana, sino verdaderamente divina á todo el que pueda concebirla. En

seguida viene la ciencia que, por un método completamente semejante y multiplicando los tres números unos por otros, se eleva al sólido ó desciende del sólido al número lineal. Los que la poseen le han dado igualmente el nombre de geometría. Pero lo que hay de divino y de admirable para los que saben comprenderlo, es que la ley que hace desenvolverse, según la razón dos, la progresión ascendente ó descendente de los números, es también la que sigue la naturaleza en la producción de los géneros y de las especies en cada clase de seres (1). La primera relación de la proporción, que tiene por razón dos, es la relación de la unidad al número dos, cuyo duplo es su segunda potencia. Si se pasa al sólido y á lo tangible, duplicando aún esta segunda potencia, uno se ha elevado de uno á ocho; la segunda potencia del número dos es un medio entre estos dos términos, porque supera al más pequeño tanto como el más grande la sobrepuja á ella; supera en un extremo y es superada en el otro en una cantidad igual. Entre los números comparados entre seis y doce, se encuentran dos formados por la adición de una tercera y de una mitad de seis á este mismo. El coro de las Musas ha hecho á los hombres el presente de estas dos razones, que, encontrándose en el medio, tienen la misma relación con los dos extremos, para ser el fundamento del acorde y de la simetría, y dirigirles en el compás y en la armonía de sus danzas y de sus cantos.

Tales son las ciencias á que es preciso dedicarse sin despreciar ninguna parte de ellas. Mas para llevarlas á su término es preciso elevarse á la contemplación de la generación de los dioses y de la naturaleza soberanamente bella y divina de los seres visibles, hasta donde Dios ha dado á los hombres el poder de penetrarla. Jamás podrá

(1) Era opinión común entre los pitagóricos y los platonianos que la unidad corresponde al punto, el número dos á la línea, el número cuatro á la superficie, el número ocho al sólido.

nadie lisonjearse de alcanzar sin esfuerzo esta contemplacion sin el auxilio de las ciencias de que se acaba de hablar. Es preciso además que en todas sus conversaciones, sea interrogando, sea rebatiendo lo que parezca mal dicho, se reduzcan siempre las especies á los géneros. De todos los métodos empleados por los hombres en el examen de lo verdadero, este es el primero y el más precioso; cualquiera otro, á pesar de sus promesas, sólo produce tristes resultados. Es preciso conocer tambien la medida exacta del tiempo y la precision con que se hacen todas las revoluciones celestes, á fin de que, persuadido de que el alma es de una naturaleza más antigua y más divina que el cuerpo, se mire como una verdad igualmente preciosa y sólida la de que todo está poblado de dioses y que jamás estos seres excelentes nos abandonan por olvido ó por negligencia. Debe hacerse una observacion general sobre estas ciencias, y es que son muy útiles cuando se estudian como deben estudiarse; pero si no se hace así, mejor es invocar á Dios sin cesar. En cuanto á la manera de estudiarlas, héla aquí, puesto que no puedo ménos de decir algo en este punto. Es preciso que toda clase de figuras, combinaciones de números, conjunto musical ó astronómico se manifiesten en unidad al que haya de aprender segun el verdadero método, unidad que le aparecerá, si, como dijimos, no la pierde de vista en sus estudios. Porque la reflexion le descubrirá que un solo bien une naturalmente todas las cosas; pero si sigue otro camino, no le queda otro recurso que invocar la fortuna; porque sin este conocimiento es imposible que haya en ningun Estado un hombre verdaderamente dichoso, porque estos son el camino, la educacion y las ciencias fáciles y no fáciles de aprender que pueden conducir á este fin. Al mismo tiempo no es permitido despreciar á los dioses, cuando claramente se ha concebido y se ha visto con evidencia la dichosa doctrina que á ellos se refiere. Tambien digo que

puede decirse con las más exacta verdad que será muy sabio aquel que posea todos estos conocimientos de la manera que yo he explicado; y sostengo, mitad en chanza y mitad seriamente, que cuando la muerte corta la carrera de alguno de estos sabios, si es que puede decirse que muere, no tendrá entónces muchos sentidos como tiene hoy, pero no teniendo más que un destino que cumplir, y habiéndose hecho uno de múltiple que era, habrá alcanzado el colmo de la sabiduría y de la felicidad. En cualquier lugar que habite este dichoso mortal, sea en un continente ó en una isla, ya haya sido su vida pública ó privada, si estudió estos objetos, recibirá de los dioses la misma recompensa.

Ahora se ve la verdad de lo que dijimos al principio; que era imposible á los hombres, salvo un corto número, alcanzar una perfecta felicidad, una completa dicha. En efecto, queda demostrado que los que han recibido del cielo á la vez una índole divina, prudencia y otras virtudes, y que además han adquirido todos los conocimientos que conducen á esta dichosa ciencia (ya hemos dicho cuales son estos conocimientos) son los únicos que han adquirido y poseen completamente todos los elementos de la verdadera felicidad. Digamos, pues, aquí en la esfera privada y establezcamos por una ley en la pública, que los primeros cargos del Estado serán encomendados á estos mismos que han cultivado estas ciencias, cuando hayan llegado á edad avanzada; y que todos los demás ciudadanos, siguiendo sus pasos, se ocuparán en tributar alabanzas á los dioses y á las diosas. Respecto á nosotros, despues de haber estudiado y reconocido suficientemente á los miembros del consejo que se celebrará ántes de amanecer, no podemos hacer cosa mejor que exhortarles á todos á que admiren esta sabiduría.

FIN DEL EPINOMIS.